



MEMORIAS DE UNA SOLTERA MEXICANA

EL PRÍNCIPE AZUL ES UN CUENTO DE HADAS

Ana Bolena Meléndez

Uno de los dos lea al otro este fragmento de mi libro *Memorias de una Soltera Mexicana*. El otro, cierre los ojos y ponga toda la atención en la voz de su pareja.

“Me senté a su lado y le entregué la botella. Tomó un largo trago, me la entregó de nuevo, tomé un sorbo y la coloqué sobre la mesa. No sabía ni como contarle a un perfecto extraño que la vida de mis dos mejores amigos acababa de cambiar tanto que hasta nosotras, su entorno, experimentaríamos esos cambios.

—Entonces si todavía no puedes hablar, bésame —me dijo, antes de agarrarme por detrás de la cabeza y sumergir su lengua dentro de mi boca tibia en tequila.

Nos besamos con fuerza, como si a punta de besos quisiera sacar la angustia que no podía dejar de sentir adentro de mi pecho. Sus manos comenzaron a bajar por mi espalda y cuando llegaron a la cintura, en una maniobra magistral, me logró colocar sentada sobre él. Escaló con su boca por mi escote hasta mi cuello, volvió a llegar hasta mi boca y dibujó una delgada línea desde la comisura de mis labios hasta el lóbulo de mi oreja. Lo chupó, lo mordió y lo acarició con su delicada lengua que me hacía palpar el estómago.

Rodeo sus manos por mi cintura y llegó hasta mi trasero. Lo tocó como si lo redondeara sobre la ropa, lo apretó desesperado de deseo. Su boca se concentró en la mitad de mi pecho, por donde dibujaba con su lengua garabatos que se acercaban a mis partes más sensibles. Tenía toda la piel erizada. Abrí mis ojos para encontrarme con que la luz exterior iluminaba el rostro perfecto del Gato, que me besaba como si no existiera mañana.

Entonces me cargó como si pesara lo que pesa una hoja de papel. Agarró con su mano libre la botella y me llevó a mi cuarto. Me dejó caer en la cama y se acostó a mi lado. Colocó su dedo índice sobre mis labios, los acarició y acercó su boca húmeda hasta la mía. Con su dedo recorrió mi cuerpo, comenzando por la barbilla, bajando por el cuello, pasando entre mis pechos y aterrizando en el ombligo, allí extendió su mano y la bajó completa hasta mi entrepierna que vibraba de deseo por él. No movió su mano, solo la dejó allí, sintiéndome, preparando mi sexo hambriento de él. Abrió mi camisa y dejó al descubierto mis pechos enaltecándose frente a su boca, rogando porque los besara. Escaló mi cuerpo, quedó sobre mí y me dejó sentir la roca erguida detrás de su bragueta. Desabotoné su camisa y no me detuve hasta tirarla al suelo. Su pecho marcado quedó al descubierto, sus brazos fornidos y esos hombros que saltaban con su movimiento. Pasé mis manos por su torso definido, por sus pectorales; los besé, los mordí deseando que hiciera lo mismo

con los míos. Me levantó para sacarme la camisa y me desabrochó el brasier con un breve movimiento de sus dedos.

Volví a caer de espaldas sobre mi colcha. Me quitó el brasier y observó por unos segundos mis pechos desnudos y erectos frente a él. Chupó su dedo índice y comenzó a dibujar círculos con sus dedos alrededor de mis pezones, me hacía contorsionarme de placer. Entonces acercó su boca y comenzó a besarlos sin dejar su cadente movimiento de caderas frotando mi zona sur. Sentí que tocaba el cielo: me abría más y más ante él. Su lengua pasaba de un pecho a otro dibujando placer en cada uno, mordisqueándolos, haciéndome arquear la espalda ante el orgasmo que se encaminaba desde mis pechos erectos hasta mi vientre con espasmos. Llenaba sus manos con mis pechos, su erección contra mi sexo, haciéndome subir el calorcito que me anunciaba que iba a llegar la primera etapa del placer. Se detuvo, abrió mi bragueta y bajó mis pantalones hasta mis rodillas, se quitó el cinturón y me pidió amarrarme a la cabecera de mi cama. Solo asentí, deseaba que hiciera con mi cuerpo lo que quisiera.

Quedé desnuda del torso, amarrada de mis dos manos con su cinturón, expuesta a él. Se levantó de la cama y jaló mis pantalones hasta dejarme en tanga. Bajó los suyos. Quedó parado frente a mí con unos *boxers* grises que marcaban su erección y el generoso regalo que se escondía detrás. Volvió a mi lado y tocó mis pechos, jugó con su lengua en mis pezones, y bajó su mano por mi abdomen. Acarició el encaje de mi tanga con su dedo curioso por entrar debajo. La levantó y metió su mano, toda su mano... me agarró como si abrazara mi sexo, como si se quisiera llenar de la humedad que le daba la bienvenida a sus dedos.

Me besó y jugó con su lengua en mi boca, mordiendo mis labios, mi lengua, bajando por mi cuello hasta mi pecho y erotizando cada rincón de mi cuerpo que se movía al vaivén de sus dedos, acariciando justo el punto que me hace explotar. La intensidad de las caricias subió, cada vez movía su mano más rápido, llenándose de mi humedad, su lengua divagando por mis pechos, sus dientes acariciándolos deseosos. Su boca rodando hasta mi cuello, mis orejas... todo era confuso, mi cuerpo se movía solo de tanto placer.

—Quiero que te vengas para mí, bonita —me dijo al oído.

Sin siquiera poder terminar esa frase comencé a convulsionarme ante su mano que encontró el ritmo perfecto de mi placer. Su boca regresó a erotizar mis pechos haciéndome explotar cada vez más alto, fue un orgasmo entequilado, delicioso, necesario...

Golpeó suavemente mi sexo con sus dedos... oh... esa era una nueva sensación...

Sacó de sus pantalones un condón, que se puso parado frente a mí, descubriendo su erección, apenas iluminada por la luz de los faroles de la calle. Me escaló y abrió mis piernas. Me observó por un momento, pasó sus dedos por mi dorso, pasando por mi pecho y llegando hasta mi boca. Se acercó y pude sentir su erección llenarse de mi humedad. Entró profundo, como si quisiera fundirse conmigo. Se dejó caer sobre mí y pasó sus manos por los lados para agarrar mi trasero. Su boca y mi boca unidas por nuestras lenguas enroscadas. El movimiento de su cadera era la cadencia perfecta para despertar de nuevo mi punto interno que me hacía querer más y más. Subió una mano hasta mi pecho y se apeó allí con desesperación. Su boca en mi cuello, en mis orejas, su movimiento al ritmo de la espera de un orgasmo. Cuando estaba a punto de explotar, se detuvo, se salió de mí y me desamarró.

Levantó mi trasero hacia él y volvió a sumergirse en mí, haciéndome gemir entre el leve dolor y el placer que estaba por venir. Con su mano libre encontró mi clítoris, sediento de él, y lo masajéó mientras su cadera se movía coordinada con su mano. Su boca exploraba mi espalda con el sensual roce de su lengua. Logró voltearme un poco para dejar un pecho cerca de su boca. Lo besó jugando con mi pezón y erotizándome de tal forma que mi cuerpo estaba en completa entrega hacia el placer que experimentaba. Mis piernas comenzaron a temblar, mi cuerpo se endurecía ante el placer que nacía desde adentro, pasaba por mi clítoris y se extendía hasta mi pecho como un latigazo de electricidad. Dejé caer mi cabeza hacia atrás, no podía sostenerla. El Gato se movía dentro de mí como si hubiéramos hecho el amor por decenas de veces, como si esa no fuera la primera vez que me tocaba, que entraba en mí. Mis nalgas se tensaron, esperando ansiosas un nuevo orgasmo.

—Vente, bonita, vente conmigo —dijo, con una voz casi cortada ante el placer que el mismo sentía.

Nuestros cuerpos se dejaron llevar, se movían con autonomía propia ante la llegada del clímax. Bufó, como un lo hace un animal salvaje, cerca de mi oído, provocándome un fuerte orgasmo con el que sentí que perdía el conocimiento. Grité, me dejé llevar por la energía que salía de mi cuerpo disparada en todas las direcciones. Su mano masajebaba mi sexo provocando que el orgasmo se extendiera, que no acabara, que se intensificara conforme seguía moviéndose dentro de mí.

La marea comenzó a bajar, poco a poco. Su cadera dejó de moverse con ritmo y le dio paso a pequeños espasmos de placer. De nuevo, dos palmaditas suaves en mi entrepierna, que me dieron el último sorbo de orgasmo. Gemí y caí rendida, enroscada en él, en su cuerpo que me protegía como un cascarón rodeándome. Me dio besitos tiernos en el cuello, en el hombro, en la oreja.

—Julieta, quiero hacerte el amor para siempre... —dijo, con esa voz que solo se tiene después de venirse.”

¿Quieren más relatos como este? En Amazon pueden adquirir mi libro MEMORIAS DE UNA SOLTERA MEXICANA en versión Paperback y Kindle para todos los países.